

Si al llegar los israelitas a orillas del Jordán, a los *Arbot Moab* y a *Jericó*, hubieran estado tan agrupados como los moabitas y edomitas, habrían imitado seguramente a estos pueblos, que, en cuanto tuvieron moradas fijas, eligieron reyes. Pero la situación de Israel era muy diferente.

Todas las tribus actuaron aisladamente para crearse una posición entre los cananeos. Las guerras de Judá, Efraím y Manasés se llevaron a cabo sin unidad. No se notaba la necesidad de un jefe. No existía la centralización religiosa. Se vivía de lo que quedaba del elohísmo patriarcal, muy cambiado por las supersticiones del culto de Jehová, sobre todo por el abuso de los oráculos y del *efod*.

El arca no tenía residencia fija. Desde Gilgal se la transportó a Petel, ciudad santa, cuya santidad creció; después a Silo, donde por lo visto permaneció bastante tiempo, lo cual, unido a la posición central de esta villa, estuvo a punto de crear una capital para Israel. Pero no importaba que viajara el mueble sagrado: era éste como el *Carroccio* de las ciudades italianas de la Edad Media: el *paladium* de la nación. Se llevaba el arca a las guerras, exponiéndose a perderla. A veces se la colocaba en una tienda, pero al terminar la vida nómada, este sistema de albergue pareció insuficiente. Se la alojaba generalmente en la casa de alguna persona notable, que la guardaba. Entonces debió de nacer la idea de edificar una casa para ella, pero nadie tomó tal idea para desarrollarla. De todos modos, el pequeño establecimiento del arca con su *efod* y su aparato adivinatorio, constituía una especie de templo, llamado *bet ha-élohím*, «casa de Dios o casa de los élohím».

Entonces el arca no tenía el carácter exclusivo que se le podría atribuir. Daba importancia al sitio en donde estaba, pero no extinguía la competencia que le hacían otras localidades en nombre de sus particulares intereses. Veremos que Manasés, Galaad y Dan crearán lugares donde podía consultarse a Jehová, con arreglo a las formas establecidas.

Se creaban *efods* particulares que daban buen resultado. Sin embargo, para una vista sagaz el arca era el centro de la nación y el punto creador del monoteísmo. El arca israelita era algo único por excelencia. Nadie pensó que pudiera crearse una segunda arca. Incluso cuando Jerusalén monopolizó el arca, el reino de Israel edificó otros santuarios, pero no hizo un arca particular. El talismán llamado *nehustán* era único, y la herencia más sagrada de Moisés. El arca también se consideraba procedente de éste.

Como encargados del arca, sólo había algunos *levís*, hábiles en el manejo del *efod*. Los jefes de familia seguían ofreciendo los sacrificios, en altares improvisados de piedra y césped, y en cualquier lugar, según las circunstancias. Los lugares altos de los antiguos habitantes eran preferidos para esto por los israelitas. El contagio de los santuarios cananeos era muy fuerte. Se adoraba a los Baal y Astarté de las diversas localidades. El inmoral culto moabita de Baal-Fegor, especie de priapismo, seducía a los menos puros. El Baal Berit de Siquem era casi tan respetado por los israelitas como el mismo Jehová. El nombre de Baal dado a su dios por los pueblos cananeos no repelía en aquella época de ninguna manera. En una misma familia se encontraban las palabras Baal y Jehová como componentes de los nombres propios.

No eran muy importantes entonces los *nabís* en Israel. El *urim* y el *tummim* eran para ellos poderosos rivales. Había un desorden religioso completo. Algunas individualidades proféticas se nos presentan realmente muy apegadas al culto de Jehová. Débora, si el texto de su cántico es auténtico, creyó que las desgracias de su pueblo, sobre todo las guerras, eran consecuencia de las infidelidades y de las debilidades por los dioses extranjeros. Pero aquel pasaje parece que ha sido alterado. Los hechos de Gedeón, Mikah, los galaaditas y los danitas del Norte, nos demuestran que la religión estaba dispersa y poco regularizada. La mayoría de las tribus consideraba a Jehová dios protector de Israel. Jehová era casi el único dios a quien se pedían oráculos, pero se le daban por compañeros los dioses del país y se invocaba al mismo tiempo a Baal y a Milik. Se adoraba a aquel dios envidioso, en los altares al aire libre profanados por los indígenas y se le asociaba a cultos impuros. No siempre se sabía si los sacrificios eran para Jehová, Baal o Milik, palabras casi similares. Nada de esto anunciaba una religión del espíritu. Las imágenes, o mejor dicho, los utensilios de madera o metal que servían para adivinar, se convertían en objetos de explotación vergonzosa. Los *levís* que practicaban este servicio eran personas de moralidad muy inferior.

No estaba centralizado este culto grosero. Se ofrecían víctimas a Jehová, y se le consultaba en Betel, en Silo y en otros muchos pueblos. Gibeá de Benjamín era un lugar extraordinariamente misterioso; allí moraban los *élohim* y había un lugar alto frecuentado por los profetas. Al parecer, no se distinguía el culto ofrecido a Jehová del tributado a los *élohim*.

Todas las fiestas se celebraban conmemorando las varias fases de la vida agrícola. La siembra en primavera, la siega, la vendimia, el esquí-

leo, eran ocasiones para reunirse y divertirse, en las que cabía la religión, como en toda la vida antigua. Las ofrendas eran libres; cada cual daba lo que podía, cabezas de ganado, hogazas de pan, odres de vino o de leche. Generalmente se celebraban estas fiestas en santuarios venerados, por lo cual parecían peregrinaciones, sin que existiera nada establecido regularmente.

La religión era personal. Cada familia tenía sus fechas anuales sagradas. En los novilunios había músicas y banquetes, y antes del banquete se ofrecía siempre un sacrificio. Parecióse mucho esto al culto libre, como lo ha representado el libro de Job. Cada familia tenía sus penates o *terafim*, a manera de espátulas grandes de madera, toscamente esculpidas, que, cubiertas de mantas de lana, tenían la apariencia de hombres o más bien de bustos. En todos los cultos se observaban casi las mismas formas exteriores y las mismas reglas, sobre todo en lo concerniente al estado de *gods* o de pureza necesaria para practicarlas. Varias prescripciones que más tarde se supuso que habían sido reveladas a Moisés, existían ya.

Estando establecidos definitivamente en el terreno, Israel continuaba de hecho la vida nómada. La familia era el único grupo que existía. Lo que caracteriza al pueblo nómada y al que lo ha sido, es el odio al gobierno central. No sólo no obedecía a ninguna autoridad federal el conjunto de la nación israelita, sino que cada tribu vivía en un tipo de anarquía semejante al estado de las tribus árabes actuales, en las cuales la vida y los bienes del individuo están suficientemente garantizados por la unidad de los miembros de la tribu, aunque la representación de la cosa pública sea casi nula. Judá tenía sus jefes, Efraím los suyos. El *Sarsaba* o jefe de ejército y el *Sofer* o reclutador sólo tenían poderes momentáneos. La organización militar, fuertísima en el momento del paso del Arnón y el Jordán, se había debilitado. El armamento era pobre; el caballo de guerra se había importado poco de Egipto. Los carros forrados de hierro faltaban.

La actividad de la raza era intensa, pero se gastaba en conquistas menudas. La raza de Israel, muy política, se iba sobreponiendo a la raza cananea, por su potente natalidad. Pero, las costumbres militares que había tenido el pueblo desde que salió de Egipto hasta que terminó la época llamada de Josué, no existían ya.

Teniendo vecinos malévolos, una nación sin apenas instituciones tenía que correr aventuras muy desagradables. Sobre todo, los filisteos, pueblo pequeño, guerrero y feudal alojado en cinco plazas fuertes, eran vecinos muy peligrosos para el pacífico Israel. Cuando las tribus israelitas se veían muy apuradas, celebraban confederaciones pasajeras con un jefe único transitorio. Dicho jefe, designado por una especie de inspiración secreta de Jehová, se llamaba *Sofet* o Juez, nombre que las poblaciones cananeas desprovistas de raza real daban a sus cónsules. El *Sofet* hebreo se parecía al dictador romano. La idea teocrática, que está en el fondo de las instituciones de los pueblos semíticos, daba a esta magistratura suprema un carácter religioso. El *Sofet* participaba del jefe ele-

gido por Dios y del profeta inspirado. Su autoridad era total y su familia, como ocurre siempre en Oriente, participaba de ella. Pero la necesidad de centralización no era suficiente como para que tal poder fuera hereditario. Israel conservó de su origen beduino la huella de no querer nunca poderes duraderos. La vida en familia y sin gobierno fue siempre su ideal.

Generalmente la autoridad le parece al árabe un estorbo: quiere la menos posible, porque no sabe templarla, y no la ve beneficiosa para la comunidad. Los poderes, en tal estado de espíritu, duran poco, y son crueles y terribles mientras viven. El juez, durante el *sufetado*, era un tirano, sin ejército regular ni gobierno organizado. El Oriente jamás ha comprendido el poder limitado en su mismo principio. El *sofet* es un soberano muy débil, pero lo que puede, lo puede de una manera absoluta. Un soberano constitucional puede mucho más, pero no de manera absoluta.

Dichos hombres poderosos forman una cadena casi continua, y sólo les faltó la sucesión de padres a hijos para constituir una verdadera dinastía. Para comprender este fenómeno de emergencia espontánea hay que estudiar cómo se originó la elección de un hombre para el mando, en el mundo árabe. Esa elección no se hace por herencia ni por sufragio, ni por investidura procedente de un sultanato superior, ni por la fuerza. Se efectúa en la superioridad del elegido, de su fuerza, de su valor en la guerra. Es muy raro que un hombre investido de este poder circunstancial lo pierda mientras viva.

Un sistema de crítica dice que no existe historia propiamente dicha anterior a la escritura, y ésta no se utilizaba entonces en Israel. El mito es la historia de las épocas en que no se escribe, y los israelitas, con poca imaginación para creaciones mitológicas, las suplían, como los hebreos de la época patriarcal, con monumentos anepígrafos y montones de piedras, destinados a ser un recuerdo para el futuro.

Los cantos populares eran ya un testimonio más firme. El pueblo que es incapaz de retener un hecho preciso como los que forman la historia, está capacitado para recordar fragmentos rimados y cantados. Cada tribu árabe, sin poseer escritura, conservaba ante todo el *diván* de sus poesías, que iba enriqueciendo, a través de su imaginativa y lírica tradición oral, y por esto la memoria árabe anteislámica, que no tenía datos históricos exactos, conservó hasta ciento cincuenta años después de Mahoma el gran tesoro poético del *Kitab-el-Aghani*, de los *Moallakat*, y otros poemas de igual género. Lo mismo les pasa ahora a las tribus tuaregs.

Israel tenía una bella literatura no escrita, como Grecia retuvo durante 3 ó 4 siglos el ciclo homérico en la memoria. Puede decirse que la literatura no escrita de cada raza es lo más perfecto que produce, porque las composiciones reflexivas y literarias no pueden compararse con las espontáneas y anónimas. Posteriormente esos cantos recogidos por la escritura, serán la perla de la poesía hebrea. Las páginas más hermosas de la Biblia saldrán de las voces de mujeres y niños, que después de

cada victoria, recibían al vencedor con gritos de alegría al son del tamboril.